

## Capítulo 401 - ¡Sirvientas listas para Walpurgis!

El castillo de Abaddon se alzaba como una majestuosa monstruosidad en el centro del inframundo —un coloso de obsidiana viva, cuya arquitectura parecía crecer por sí sola. Torres retorcidas y pasillos interminables se entrelazaban como las costillas de una criatura dormida, palpitando con energía cruda y antigua. Relámpagos escarlatas atravesaron el cielo infernal, rebotando en paredes encantadas, mientras corrientes de humo arcano se elevaban como espirales vivientes desde las almenas más altas.

Allí, en el centro de todo, se estaba preparando Walpurgis — la Fiesta de los Reyes Demonios.

Las puertas principales estaban abiertas, pero custodiadas por centinelas que parecían haber sido moldeados a partir de la voluntad misma del Inframundo: colosos de piedra, carne y acero negro, con ojos brillantes y voces hechas de truenos. En el interior, el gran Atrio Inferior, donde sólo podían pisar demonios de noble cuna y alto rango, estaba repleto de actividad. Criaturas de todas las castas del infierno corrían por los pasillos con una prisa contenida: generales que llevaban listas de nombres condenados, mayordomos infernales que equilibraban bandejas de ingredientes condenados y encantadores que manipulaban ilusiones para embellecer el medio ambiente sin restarle valor a su estética infernal.

Se estaba preparando meticulosamente el Salón Central —el lugar del banquete en sí—. Era una gigantesca cámara circular, cuyas paredes se extendían tan alto que desaparecían en una cúpula envuelta en sombras arremolinadas. Las llamas bailaban en apliques hechos con cráneos de ángeles caídos, y una mesa colosal, hecha con un solo fragmento de hueso dracónico petrificado, ocupaba el centro.





Cada asiento alrededor de la mesa llevaba un escudo de armas arcano —uno para cada Rey Demonio, grabado con magia viviente. Y sobre ellos, suspendidos por cadenas de alma y cristal, flotaba un monstruoso candelabro hecho de dientes de leviatán y lágrimas solidificadas de dioses olvidados, goteando luz líquida que caía en gotas lentas, como el tiempo mismo en su interior.

Los sirvientes se movían con precisión sobrenatural. Los demonios de aspecto esquelético vestían túnicas rojas y llevaban botellas de sangre refinada como si fueran vinos sagrados. Los espíritus de los antiguos alquimistas flotaban en círculos, ajustando la temperatura de los platos que se servirían — desde la carne de los titanes asesinados hasta dulces elaborados con la esencia del miedo cristalizado.

"Estoy cansado..."

La voz salió en un susurro exhausto mientras la mujer vestida de criada se derretía sobre un sillón acolchado, como si sus huesos hubieran renunciado a existir. Su elegante apariencia contrastaba con el agotamiento en sus ojos— y aunque parecía una simple criada, cualquiera con la más mínima percepción mágica lo notaría: era sólo un disfraz.



De hecho, el cuerpo que se moldeaba y fluía sobre la tapicería recordaba mucho a una forma bien conocida en los círculos otaku de la superficie — algo entre un limo azul claro y una mujer con contornos refinados. Pero no nos equivoquemos. Esa figura era Viviane, la Dama del Lago. El maestro arcano que forjó Excalibur, consejero de emperadores, dioses y dragones. Y ahora... organizador principal del evento más caótico del Inframundo.

Walpurgis.

En las últimas semanas, su existencia se había reducido a órdenes gritadas a través de sellos demoníacos, reuniones que se acumulaban como maldiciones



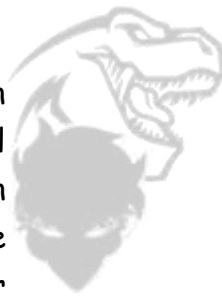
ininterrumpidas, listas interminables de invitados que no podían sentarse uno al lado del otro sin iniciar una guerra milenaria... y por supuesto, el eterno dolor de cabeza llamado "logística infernal"

"Demonios que no confirman su asistencia, arcontes que piden menús personalizados, dragones a punto de explotar y matarse entre sí, y ahora alguien quiere un aperitivo de almas sazonadas con rocío celestial... ¡PERO POR SUPUESTO! Ella gritó, sin nadie alrededor, hundiéndose aún más en la tapicería.

La fatiga no era sólo física — era existencial.

Viviane ahora tenía ojeras debajo de los ojos. CÍRCULOS OSCUROS.

"Debería estar durmiendo en un lago etéreo en medio de Avalon... sin preocuparme si los candelabros del castillo tienen el brillo exacto del crepúsculo infernal... Extraño mi tierra natal... ¿por qué me convertí en un demonio... por qué..." Comenzó a buscar razones pero se detuvo, después de todo, solo tenía una buena razón para todo esto... "Tenía muchas ganas de ver a Virgilio..."



Sostuvo una mano sobre su cara y conjuró un pequeño círculo mágico que mostraba su lista de tareas del día. Tachó cinco nombres con un gesto aburrido — todos probablemente delegados a familiares a los que había convocado sólo para no tener que tratar con ellos personalmente.

Aún así, por mucho que se quejara, por mucho que pesaran sus hombros con el peso de mil obligaciones, había un brillo silencioso en sus ojos.

¡Walpurgis sería un hito para Virgilio! Una colisión de poderes, voluntades e historias antiguas.



Viviane suspiró y dejó caer la cabeza hacia un lado. "Una hora más... solo una hora más de paz... antes de que el próximo dragón decida que quiere un trono hecho de carne de titán viviente..."

Cerró los ojos por un momento.

Pero incluso mientras descansaba, las focas que la rodeaban permanecieron activas. Los hechizos continuaron operando, los comandos fluyeron automáticamente y la arquitectura mágica del evento se moldeó según su cansada pero inquebrantable voluntad.

"Creo que deberías tomarte un descanso."

La voz venía de a su lado como un susurro agudo— y Viviane casi sufrió un infarto.

"¡MIERDA, ME ASUSTASTE MUCHÍSIMO!" Ella se tambaleó hacia atrás, casi resbalándose de la silla como gelatina derretida, con los ojos muy abiertos y su cabello limoso vibrando en picos de puro pánico.

Junto a ella había una figura imponente.

Alto, esbelto, envuelto en un uniforme impecable que parecía cosido con hilos de la misma noche, bordado con estrellas muertas y constelaciones olvidadas. Su cabello era un manto de sombra líquida, con reflejos verde azulado que se movían como mareas encantadas. Uno de sus ojos brillaba como oro fundido. El otro, como plata viva — y ambos parecían ver más de lo que debían.

Viviane murmuró como si se enfrentara a un problema matemático cósmico:





"Stella..."

El recién llegado hizo una ligera reverencia—formal, pero no rígida. Caminó lentamente por la sala de preparación, observando todo con esa mirada clínica que haría que un ejército de demonios comenzara a lamer el suelo por miedo a decepcionarla.

"Lamento ser dura contigo", dijo Stella, con voz tranquila y casi suave.

Pero Viviane conocía ese tono — era la voz de un comandante elogiando a su subordinado segundos antes de enviarlos a una misión suicida.

"Ya sabes cómo soy. Como Jefe de la Sociedad de Doncellas Demoníacas, es mi deber asegurarme de que todo sea... impecable. "No quiero ver nuestra reputación arrastrada por el barro cuando — no si — algo sale mal"

Viviane frunció el ceño y todavía intentaba recuperar la compostura. "Hablas como si ya estuvieras seguro de que todo se va a ir a la mierda"

Stella giró su rostro hacia un tapiz colgado en la pared. Lo miró como si buscara una mota de polvo que se atreviera a existir.

"Pero se irá a la mierda." Ella sonrió.

Viviane sintió un ligero dolor de cabeza palpitante.

—Stella, por favor...

"Viviane, estamos a punto de poner en la misma habitación a toda la nobleza demoníaca, a los cinco Reyes Demonios, a los cuatro Arcontes y a una docena





de entidades que sólo abandonan sus hogares cuando alguien muere de una forma especialmente creativa. ¿De verdad crees que esto será pacífico?

Viviane intentó responder. Ella abrió la boca. Ella se detuvo. Ella suspiró.  
"Bueno... poniéndolo así..."

"Va a explotar. Literalmente." Stella pasó su dedo por la superficie de una mesa y la inspeccionó. "Afortunadamente, al menos tenemos más posibilidades de éxito. Después de todo, las tres problemáticas reinas han sido completamente domesticadas por el quinto Rey Demonio. Pero no creo que este Virgilio sea una persona muy pacífica, ¿verdad? Eso me preocupa..."

"A mí también me preocupa..."

